

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretésto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA RELIGION Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS.

Ni la política puede ser atea, ni la religion debe ser considerada como patrimonio esclusivo de un partido: lo primero es antifilosófico y antisocial, lo segundo es casi anticatólico. Los que dirigen la nave del estado deben evitar cuidadosamente ambos escollos, donde correrian grave riesgo de zozobrar las mas respetables instituciones y los mas sagrados intereses. Partidos políticos siempre los habrá: son un mal necesario. Atendida la condicion humana y la naturaleza de las cuestiones sobre que versa la política, es de todo punto imposible llegar á fundir en una todas las opiniones, formando un sistema general universalmente admitido y profesado. Para ello fuera menester ó bien vaciar en un mismo molde todas las cabezas humanas y todos los corazones, ó bien convertir los principios políticos en otros tantos axiomas, es decir, en verdades absolutas, claras, evidentes, á las que no pudiera la inteligencia negar su asenso ni la voluntad su adhesión.

Lo mismo sucede en todo orden de cosas en que interviene la razon humana. Limitada por su misma naturaleza, diversamente modificada por circunstancias especiales en cada uno de los individuos, sujeta á mil influencias estrañas que se interponen como un prisma entre ella y los objetos que examina, es punto menos que imposible obtener de la razon en varios individuos perfecta unanimidad

de pareceres. Entre los mismos teólogos católicos, á quienes une el vínculo de una fé comun, ¿no hay escuelas y partidos que discuten con ardor y resuelven con muy diferente criterio las cuestiones libres, hasta tanto que la Iglesia haya pronunciado sobre ellas su inapelable fallo? Sabido es que el escolasticismo en sus mejores dias ofreció escenas, que trasladadas de las aulas á los congresos, de la filosofia y de las ciencias teológicas á la política y á las cuestiones sociales, poco ó nada tal vez hubieran tenido que envidiar á los partidos que hoy luchan en la arena de los periódicos y de los parlamentos. ¡Tanta verdad es que el espíritu humano vive de la discusion, y se nutre y fortalece con los embates de la lucha!

No vaya á creerse que, al encarecer la necesidad y las ventajas de la discusion, nos declaramos partidarios del libre exámen, ó sea de la libertad absoluta del pensamiento; no, antes por el contrario, en nuestro juicio no hay argumento mas convincente de la necesidad de un criterio seguro é infalible en materias de fé y de moral, que esa misma volubilidad que caracteriza á la razon humana. Si en las cuestiones vitales, de cuya solucion pende la existencia de la sociedad, no hubiera otro juez que la razon, nada habria fijo, nada estable; y si fuera tan fácil y hacedero el reducir á práctica alguna de esas teorías desalentadas que hoy se proclaman, como lo es el forjarla en el terreno de las especulaciones, largo tiempo há

que la anarquía hubiera devorado á la humanidad, despues de haberla trabajado rudamente con el flujo y reflujo de ideas disolventes. Pero afortunadamente el hombre es mejor que sus teorías, y el instinto de la propia conservación y la poderosa fuerza del sentimiento le han detenido siempre en el borde del abismo á donde le arrastrará su desenfrenada razon.

Así pues, en los puntos esenciales en que descansa el órden, la estabilidad y la existencia misma de las sociedades, es indispensable la unidad. En las demás materias haya en buen hora libertad tan amplia como se quiera, no la tememos; haya en buen hora partidos políticos; ¿por qué no ha de haberlos, cuando son una necesidad creada por la naturaleza misma de las cosas?

En nuestro entender el mal no está en la política ni en las diversas denominaciones y formas que ella toma, sino en el estado de las sociedades en que nace y á que se la aplica. Porque es indudable que todos los hechos políticos de alguna trascendencia encierran en el fondo una cuestión grave, una cuestión que afecta necesariamente el corazon mismo de la sociedad; y que las llamadas formas de gobierno no son sino un medio mas ó menos idóneo para resolver las cuestiones suscitadas; medio que por lo demás es extraordinariamente flexible y se adapta sin grande esfuerzo á los intereses y exigencias de aquellos que lo manejan. El gobierno absoluto, la monarquía constitucional y la república, nunca serán lo que espresan estas ideas consideradas en abstracto, sino lo que quieran los hombres que tengan intervencion en los negocios públicos, y sobre todo aquellos de quienes emanen las supremas disposiciones del poder. De aquí el que no sea cosa rara en la historia política de los pueblos el encontrar todos los rigores del absolutismo bajo un régimen constitucional ó bajo la forma republicana, y al contrario no faltan ejemplos de verdadera libertad civil en gobiernos de monarcas absolutos. No negaremos que unas formas sean mas ocasionadas al abuso que las otras: no negaremos que, segun sean las circunstancias del lugar y del tiempo, unas puedan llenar mucho mejor que

las otras las necesidades sociales, por estar mas en armonía con el espíritu del siglo; pero en último resultado es necesario convenir en que todas ellas son un instrumento, que se presta maravillosamente á cuanto exigen de él los intereses y pasiones de aquellos que dan el impulso y dirigen el movimiento de la máquina del estado. Nadie ignora que los filósofos del siglo XVIII manejaron á su gusto el absolutismo, y lo emplearon habilmente para socavar los cimientos de la religion y del órden social. Pombal, Aranda y Choiseul, Federico II de Prusia y José II de Alemania, son una prueba entre otras muchas de cuán dúctil y acomodaticio sea el poder absoluto en manos de un monarca ó bajo la influencia omnipotente de un ministro favorito; y por el contrario los terroristas franceses nos enseñan que es lo que pueden significar en ciertos casos *los derechos del hombre y la libertad* escritos en un papel y practicados por una cámara de *representantes del pueblo*.

El hombre es algo mas que ciudadano, ha dicho un sabio publicista, y el bienestar de los pueblos consiste en otras ideas distintas de las políticas. La moralidad en las costumbres privadas, la buena organizacion de la familia, una legislacion sabia, una administracion inteligente y exenta de abusos: ved ahí la sólida base sobre que se ha de levantar el edificio de la pública prosperidad. Y todo ello puede obtenerse bajo cualquiera forma de gobierno, toda vez que se dé al elemento religioso la importancia social que tiene y no ha podido menos de reconocerle siempre la razon sana é ilustrada. La política de por sí es impotente á formar el corazon de un pueblo. Puede sin duda reprimir el vicio ó darle amplia libertad, puede con sus actos detener por algun tiempo ó acelerar la ruina de la moral pública, mantener el órden ó abrir la puerta á la anarquía; pero á nada mas alcanzan sus medios de accion. Estos están limitados á la parte exterior de las sociedades: pueden obrar en su superficie, nunca penetrarán en el fondo. Cuando el hombre esterna una idea disolvente, esta idea se convierte en un acto social, y el gobierno puede entonces

usar de los medios de represión de que dispone; puede perseguir al criminal y someterle al inexorable fallo de la ley. Pero échase de ver fácilmente que esto al fin no equivale sino á cortar las hojas de la planta venenosa; mas la raíz ¿quién la estirpará? quién se abrirá paso hasta las profundidades del corazón, y atajará en su mismo origen las causas de donde procede el mal? Claro está que la reforma del hombre no puede ser fruto de la política, cuando esta por regla general obedece á las influencias del corazón humano y suele seguir todas sus vicisitudes y mudanzas; de suerte que no tenemos reparo en afirmar que lejos de ser ella la corruptora, es mas bien la corrompida. No negaremos que exista cierta reciprocidad de acción de la política sobre las costumbres y de estas sobre aquella; pero para nosotros es indudable que la de las costumbres sobre la política es mucho mayor, mas eficaz y decisiva, sobre todo en nuestra época en que los asuntos políticos tienen un interés general y son constantemente vigilados por la opinión pública, que sana ó maleada, segun lo sean las ideas y costumbres dominantes, decide en último resultado de la suerte de los gobiernos. Tratad de aclimatar en una nación una institución política cualquiera para la cual no estén preparadas las costumbres, y vereis cómo muere de consunción, si es que no de mano airada. Esto bien lo han comprendido la impiedad y la demagogía; así es que antes de atacar directamente las instituciones mantenedoras del orden, las han minado sordamente; han preparado el terreno de la moral privada, sembrando con un celo y perseverancia dignos de mejor causa las semillas que con el tiempo habian de producir sus frutos naturales: la inmoralidad y el descreimiento. Nos quejamos, y con sobra de razón, de los inmensos males que ha producido en nuestra patria la malhadada revolución de setiembre; pero téngase en cuenta que el indiferentismo de muchos, la incredulidad de no pocos, y la activa propaganda, que ora encubierta ora declarada, segun lo permitian las circunstancias, se venia haciendo desde largos años, tenían la mina preparada

ya; no fué menester mas que aplicarle la mecha para que estallara la explosión.

La impiedad y la revolución mancomunadas comenzaron su obra corrompiendo las costumbres; y las costumbres corrompidas les allanaron los caminos del poder. Por la reforma de estas deben por la misma razón empezar los difíciles trabajos de la restauración social. Por aquí dió comienzo el cristianismo á la civilización de las sociedades humanas, y ha observado la misma regla de conducta todas las veces que la corrupción del mundo ha reclamado la solicitud y los afanes de su celo. Trabájese pues con fé y perseverancia en la propagación de las buenas ideas, echándose mano de los mismos medios de que se valió la revolución para preparar el triunfo de las suyas, anárquicas y corruptoras; defiéndase la religión de los ataques de sus enemigos, hágase conocer su verdad y su belleza, y librese su triunfo no en el apoyo y protección que pueda dispensarle una política determinada, sino en su fuerza intrínseca que fué un día poderosa á trasformar la faz de la tierra. Para el triunfo de la religión solo es menester que sus enemigos la conozcan, que sus hijos la practiquen.

Se nos dirá: «¿es necesario pues renunciar á la política? debemos dar de mano á los partidos?» No, no pretendemos imposibles. Ya hemos dicho que en nuestro entender los partidos son una necesidad inevitable; y como quiera, son un hecho social de cuya existencia no se puede prescindir, cuando se tratan cuestiones de cierta clase. El matemático que quiere medir una extensión dada, no puede modificar el terreno á su antojo; debe aceptarlo tal cual es, sujetándose á los datos que la naturaleza le presenta. Así pues, no pretendemos que se renuncie á la política y á los partidos; lo que sí quisiéramos es que no se hablase de ellos á nombre de la religión, la cual al defender sus derechos deja la política á un lado. Discútase en buen hora sobre la mayor ó menor conveniencia de esta ó aquella forma de gobierno; ensálcense las ventajas de la monarquía absoluta sobre la constitucional, ó de esta sobre aquella, ó de la república se-

bre entrambas; fórmense grupos al rededor de una bandera, y hasta si se quiere organícese una lucha digna y decorosa en el terreno legal y pacífico: pero que no se identifique la causa de la religion con ninguna otra causa. que no se vincule su triunfo ó su derrota en otra derrota ó en otro triunfo. Al tratar de la religion coloquémonos en un terreno mas firme, tomemos una posicion mas segura y ventajosa, y no queramos en manera alguna confundirnos con esos ejércitos que pelean en un campo, en donde no es cosa fácil distinguir los actos de abnegacion de los de egoismo, los inspirados por el amor á la verdad de los que proceden de la pasion política.

¿Por ventura la Iglesia, al combatir los errores de la impiedad, ó al honrarnos con el nombre de hijos suyos, establece diferencia alguna entre el católico que se sienta en los escaños de un congreso americano y el súbdito que obedece á un monarca absoluto? La Iglesia en cuestiones de esta clase no ha descendido ni descenderá jamás á ciertos pormenores; siempre se ha limitado á conservar incólume el sagrado depósito de la fé que recibió de Jesucristo; lo que atañe á la parte contingente y variable de las sociedades humanas lo ha dejado en manos de la ciencia, á la cual ha dicho: «Toda vez que no te desvies de mis santas máximas, en lo demás obra como quieras.» ¿Por qué pues en las cuestiones religiosas no hemos de colocarnos en el mismo terreno que la Iglesia, y desde allí combatir á la impiedad, sin bajar á una arena á que aquella nunca ha descendido?

Resumiendo las ideas que llevamos espuestas, concluiremos diciendo: que la dolencia mas grave y peligrosa que aqueja á nuestro siglo es la irreligiosidad y la corrupcion de costumbres; que no es la política que ha producido la impiedad, sino los hombres educados en la escuela del ateismo quienes la han llevado á las regiones del poder; que la restauracion social debe comenzar por la propaganda y la práctica de los principios religiosos; y que, por último, son muy dignas de ser meditadas las siguientes reflexiones, que nos han inspirado este artículo: «Para to-

dos los grandes triunfos, dice Balmes, hay una condicion necesaria que ningun hombre puede declinar, el trabajo. *Cuenten poco las buenas ideas con el apoyo de los gobiernos, y cuenten mucho con la propia fuerza...*» No esperen mudanzas imprevistas ni golpes mágicos que en un momento inauguren el siglo de oro: «para edificar se necesita mucho tiempo, y restaurar es edificar. El decir *hágase* y quedar hecho, solo lo puede la Omnipotencia.»

JUAN MAURA PRO.

UNA TABLA DE SALVACION

EN EL TEMPORAL SOCIAL Y POLÍTICO QUE CORREMOS (*).

III.

MEDIOS PARA HACER FRENTE Á LA SITUACION.

Una singular contradiccion en que se incurre, y que ya parece haber tomado autoridad de cosa juzgada, ha de indicarnos el medio seguro é infalible de mejorar la situacion presente, si ya no es tarde para lograrlo, ó de hacer menos graves y duraderas las consecuencias de un conflicto, si por virtud de nuestros mismos desaciertos el conflicto se ha hecho inevitable. Todos los partidos y las fracciones que hacen la oposicion á lo presente, toman la voz y la representacion de principios que debieran ser invulnerables, y sin embargo se engañan: lo que defienden no son los principios, sino la ocasion de falsear y pisotear esos principios. Hé aquí por donde resultan ser estériles é ineficaces los esfuerzos, mas ó menos hábiles, mas ó menos generales, que se invierten y malgastan en la oposicion política. Defiéndanse con eficacia los mismos principios que se proclaman, y pronto habríamos de apercibirnos de una consoladora y general mudanza.

Pero el espíritu de partido y la degeneracion social, que alcanza á todas las clases, nos encierran en un círculo vicioso: por el orden moral ha de llegarse á una mejora en el orden político, y nosotros nos hemos empeñado en que por el orden político hemos de llegar á una mejora en el orden moral. A despecho de la lógica y del buen sentido es indispensable invertir el orden, y para dar gusto á ciertos achaques de nuestra generacion, hemos de establecer en el terreno político la base forzosa de la propaganda del bien.

Una de las primeras y mas trascendentales miras de la propaganda consiste en reanimar el espí-

(*) Véndese este interesante folleto á 2 rs. en Barcelona librería de Puig plaza Nueva, y á 2 ½ en Palma librería de Guasp.

ritu público, y para ello son indispensables dos condiciones: 1.^a Colocarse en un terreno donde puedan tener fácil acceso y holgada cabida el mayor número posible: 2.^a Desde ese terreno estudiar y demostrar la facilidad de una restauración.

Obedeciendo á estos dos fines, proponemos como primera base de operaciones la cuestión económica. El espíritu público se reanimará, cuando se le diga y se le demuestre la facilidad con que de la inminencia y proximidad de la ruina podemos pasar al desahogo y á la prosperidad.

Los españoles no somos los primeros, y probablemente no seremos los últimos, que de una posición holgada hemos venido á singular estrechez y desusada penuria; mas tampoco seríamos nosotros los primeros que por fáciles medios y en un período breve pasásemos de los apuros á la holgura, de la escasez á la abundancia, de la ruina á la prosperidad.

Con el primer año del siglo XVIII llovieron sobre nuestra patria calamidades tan sin cuento, que no se dieron tregua ni respiro durante el largo reinado de Felipe V. La guerra de sucesión en el interior, y la manía de sostener sin bastante cordura costosas guerras exteriores, proporcionaron á la hacienda pública, termómetro de la riqueza privada, perturbación, atrasos, desconciertos, quebrantos, insolvencia y amenazas de inevitable ruina. Casi medio siglo se empleó en poner á la hacienda pública en mayores apreturas; y es de advertir que los cuarenta y seis años transcurridos desde el advenimiento de Felipe V hasta su muerte iban precedidos del reinado desastroso de Carlos II, y de los fastuosos y derrochadores reinados de Felipe III y Felipe IV.

Tan tenaz y duradera porfía conjurada en daño de la hacienda pública produjo sus naturales efectos; mas por gran fortuna, cuando mas inminente y próxima parecía estar la ruina, estuvo mas cercana la prosperidad. Al inolvidable y venturoso reinado de Fernando VI se debió una transformación tan inesperada, y no hubo menester para ello mucho tiempo: diez y siete años de un reinado que merecía ser mas duradero le bastaron para que se dijese en un lenguaje hiperbólico merecedor de disculpa, que era necesario apuntalar las repletas arcas del tesoro. Fernando VI recibió la hacienda pública arruinada, y en diez y siete años de reinado dejó sobrantes trescientos millones en el tesoro. Y florecieron las artes, y se reanimaron el comercio y la industria, y España se hizo siempre respetar, porque reorganizó y sostuvo un buen ejército, y creó una marina de guerra que habia de hacerse memorable.

Y se demuestra claramente y se comprende bien la facilidad de semejante mudanza, fijándose siquiera sea superficialmente en la práctica y teoría de la ciencia económica. Es axiomático é indiscutible que todo establecimiento mercantil, y lo es sin duda la hacienda pública, está salvado, cualquiera que sea por otra parte su postración, siempre y cuando cuente con unos ú otros recursos de carácter permanente é indefectible. A la entidad de esos recursos se acomoda la administración, se acomodan los gastos, y

se acomoda la sucesiva y asegurada estinción de las cuentas acreedoras; y esto por sí solo constituye una marcha normal y determinada, proporciona un desahogo relativo, y realza y robustece el crédito, base primera y principal en las instituciones de índole económica. Aplíquese á la hacienda pública esta teoría y esta práctica, y la hacienda pública estará salvada.

Fuera de esto, para que la prosperidad reaparezca no es menester que desde luego y como por encanto desaparezcan los gravámenes exagerados; basta y sobra que se vea encauzada la administración, de tal suerte que pueda el público formarse pleno y cabal convencimiento de que dentro un período de treinta, cuarenta ó cincuenta años quedará la hacienda pública completamente normalizada y desahogada. De esa prosperidad material disfrutarán los que vivan á la sazón; pero nosotros podemos ya desde ahora sacar un gran partido de esa seguridad, descontando la prosperidad venidera, ni mas ni menos que se descuenta y se utiliza con meses de anticipación un documento de giro, por la seguridad que se tiene de que será satisfecho á su vencimiento.

Pero ¿qué necesitamos hacer de nuestra parte para cooperar á la restauración económica? Atendida la gran ventaja de que en este comun terreno cogemos todos, y de que á todos afecta é interesa la cuestión económica, conviene atraer á este campo neutral todo el mayor número posible de partidarios y aliados, aprovechando para ello las propensiones de la sociedad moderna, mas fácil de atraer al terreno económico que á otro cualquier terreno.

Bien se nos alcanza que tambien aquí han de sobrecogernos la divergencia de escuela y la diversidad de procedimiento. Defienda libremente cada cual sus teorías y sus convicciones científicas; pero sea cual fuere la escuela que predomine, no se tema por la prosperidad de España si en el procedimiento práctico logra introducirse la lealtad. Sea cual fuere la escuela económica que triunfe hoy ó triunfe mañana, exijamos continuamente la supresión de gastos superfluos é innecesarios, la presentación y discusión real, verdadera y oportuna de los presupuestos, y la sucesiva y mas ó menos lenta pero real y eficaz nivelación de los mismos.

No fiemos vagamente el remedio á la esperanza de que mañana venga otro gobierno mejor; al gobierno de hoy y al de mañana, sea bueno ó sea malo, exijámosle severa y continuamente que entre por esta senda económica, y no le demos punto de reposo mientras no comience por ahí.

El gobierno que trate con incuria un asunto tan trascendental, sea derribado del poder sin contemplaciones de ningun género; y los diputados que le apoyen en esa incuria, los diputados que no le exijan severa y enérgicamente la responsabilidad por semejante falta, los diputados que no acostumbran faltar á las sesiones cuando se trata de miserias de camarilla en que se disputan el poder y los empleos, y faltan cuando se han de discutir los sacrificios

que han de exigirse al país y los premios y ascensos que se otorgan á la inmoralidad, esos diputados que hacen tan villana traición á su deber y á los intereses del país, sean señalados á la execración pública, sean declarados indignos de toda reelección, sea cual fuere el partido político á que pertenezcan, y tengamos por deshonorado y mal ciudadano al que vuelva á depositar jamás en el secreto de la urna electoral un voto en favor de un diputado en quien haya recaído la mancha de tan imperdonable falta.

Solo de esta suerte, solo por este medio que no prejuzga cuestión alguna política ni obliga á nadie á prescindir de convicciones propias, conseguiremos que la gestión económica comience á enderezarse por buen camino. Y si esto se consigue, tendremos andado el primer paso para llegar á la prosperidad, único cebo bastante eficaz para atraer á todos á mayor cordura y avenencia de las que se advierten al tratar de la cosa pública.

Pero la restauración económica no basta, es necesaria é indispensable la restauración moral. Una y otra sin embargo son anteriores y han de ser superiores á la restauración política.

En este punto flaquea también de un modo singular el procedimiento que se sigue. Pónese todos los días el grito en las nubes en defensa de olvidados principios, y sin embargo se hace todos los días un señalado menosprecio de esos principios por los mismos que reivindican su restauración.

Dícese, y es cierto, que la lealtad y la buena fé han perdido mucho terreno, que la santidad del juramento es olvidada y pisoteada, que la nobleza ha dejado decaer notablemente su prestigio, que la palabra *patriotismo* ha trocado su significación por la de *conveniencia propia*, que el fraude y la mala fé son un achaque muy generalizado, y que por último la dignidad propia ha desaparecido para franquear el paso á la posición, única que en los presentes y desmoralizados tiempos suele dar fama, reputación, respetabilidad é influencia.

Y sin embargo, todos rendimos culto al dios *éxito*, y por la posición de una persona aquí damos la respetabilidad que nos merece. Nadie pone reparo en hacer al estado todas las defraudaciones que le son posibles; de la corrupción y de la intriga y de la influencia procuran valerse muchísimos de los que aspiran á una pretensión. Nunca como en nuestros tiempos se había puesto tan singular y ya ridículo empeño por obtener cruces, condecoraciones y títulos de nobleza. Y es público y notorio, porque la experiencia lo viene enseñando, que la propaganda de partido político suele ir enderezada primera y principalmente en busca de una posición oficial merecida ó inmerecida, justa ó injusta, legal ó indigna, honrosa ó deshonorosa.

Dicho está con esta breve indicación por donde ha de comenzar la restauración de los buenos principios. Si de veras amamos la lealtad y la santidad del juramento, las exigiremos en todas y cuales-

quiera circunstancias, y renegaremos del abuso práctico de perdonar sus antecedentes inmorales, no confesados ni corregidos, á los que nos dan el gusto de afiliarse al partido á que pertenecemos. Si de veras amamos el patriotismo, comenzaremos por soltar prendas que sirvan de sólida garantía, y enseñaremos de obra y de palabra que la empleomanía, si es un vicio en nuestros adversarios, no dejaría de ser un feo vicio en nosotros.

Se defienden y proclaman los principios restauradores, se habla mucho de moralidad, de consecuencia, de patriotismo, de lealtad, de economías; y no parece sino que todos cuantos proclaman estas verdades inconcusas como base de una restauración social y política, están exentos de practicarlas mientras no suban al poder. La experiencia nos ha dado el criterio para juzgar lo que valen estas palabras y propósitos. En la oposición se censura al gobierno por el uso que ha hecho de su influencia en unas elecciones; y el mismo Aristarco que tan severamente censura ajenas faltas, espera la ocasión de cometerlas en provecho propio. Todo se va convirtiendo en farsa; todo es hueca palabrería. Y ya no se cree en nada, porque los desengaños han enseñado á no creer.

Pues bien, comiencese por conquistar en la oposición la fama de moralidad, persiguiendo con denuncias las inmoralidades, y no dejando en paz ni reposo al gobierno que sea su autor ó cómplice. No clamar un día y otro día contra este linaje de abusos, permitir que un gobierno deje de ser severamente residenciado por abiertas é injustificadas infracciones de la ley, consentir que se pierda el tiempo en discusiones estériles ó en miserias de camarilla, mientras los abusos y los escándalos duermen tranquilamente á la sombra del complaciente apoyo de los ministeriales y de la incuria ó de la desidia de las oposiciones, es un sarcasmo lanzado al país en pleno rostro.

Si algún día llegase á conseguirse que un gobierno fuese derribado de las alturas del poder, no en virtud de una cuestión política, no por empuje de una intriga de camarilla, sino en fuerza de una oposición conjurada ante una cuestión de moralidad que por desgracia puede plantearse á todas horas, algo se adelantaría para que el gobierno sucesor anduviese más cauto en evitarse un percance análogo.

Y si hoy un gobierno y unos diputados se permitiesen la inmoral franqueza de repartir lucrativos destinos en aparente recompensa de servicios de camarilla, y sobre esto se procurase una solemne y formal derrota á los infractores de la ley y á los burladores cínicos de la moral política, no sería fácil que otro gobierno y otros diputados dejasen de tomar en cuenta la enseñanza.

Hé aquí resumido en breves términos el primero y el principal deber de las oposiciones que escriben la palabra *moralidad* en su bandera. Fijese en este punto la atención, y se verá bien claro y bien sintetizado cuál es el sistema fácil y seguro para llegar á la restauración deseada.

No digamos á los gobiernos que se quiten de su puesto para ocuparlo nosotros; no pongamos por condicion el requisito de que seamos nosotros los gobernantes: mientras se consiga que se restauren la religión y la patria, ¿qué nos importa que lo hagan unos ó que lo hagan otros?

Limpia de todo resabio de mezquina ambicion personal, la senda que nos proponemos seguir será mas despejada, mas fácil y mas agradable, y atraeremos á ella mayor número de auxiliares. Con todos estos refuerzos juntos exijamos un dia y otro dia á los gobernantes dos condiciones, que por ser honrosas no pueden desecharlas: 1.ª el cumplimiento estricto de la ley, sea ella cual fuere, mientras ella no sea variada por los trámites legales; 2.ª la práctica de la moralidad en los actos políticos.

Siguiendo con perseverancia este sistema, venceremos en un dia no lejano á los gobernantes que tienen por hábito la ilegalidad y por costumbre la inmoralidad. No nos cuidemos de averiguar el gobierno que sustituirá á los gobernantes que derribemos del poder por su inmoralidad política y por sus transgresiones de la ley. Al gobierno que subsiga, sea mejor ó peor, sea mas avanzado ó menos avanzado, sea mas acomodado á nuestros principios ó lo sea menos, á ese gobierno ataquémosle tambien sin tregua por el punto flaco, y no le dejemos punto de reposo, mientras nos ofrezca un acto inmoral político que rechazar y una observancia legal que reivindicar.

Se dirá que por el camino indicado no puede menos de procederse lentamente, y que no hay paciencia para mirar por mucho tiempo el olvido y el abandono en que yacen respetables y lastimados intereses. El medio que proponemos podrá ser lento, es cierto; pero á lo menos es un medio digno para llegar á un fin digno. El camino podrá ser largo; pero como no se ofrece otro camino, este tiene la ventaja de ser el mejor.

Temerán algunos que por este camino se pueda robustecer á tal ó cual partido político en el mando. ¡Miserable consejo de la bandería política y de la ambicion personal! ¿acaso la prosperidad del pais, el patriotismo, y el respeto á la ley no están muy por encima del interés de los partidos y de la conveniencia de las formas de gobierno? Antes de saber qué partido ha de mandarnos, antes de averiguar por cuál de las formas de gobierno hemos de regirnos, hemos de enseñar prácticamente que no transigimos con los vicios; ni con la corrupcion, ni con el escarnio del sagrado respeto debido á la igualdad de todos ante la ley. Y para que esa igualdad no sea ahora ni despues una mentira; conviene que nos acostumbremos á exigir á los gobiernos y á los diputados mas estrecha cuenta de las infracciones de la ley que se permitan.

Por aquí se vendrá al restablecimiento práctico de la moralidad en el orden político; y cuando esa moralidad se imponga arriba, quedará impuesta abajo. Sepan todos los partidos políticos, sepan todos los gobiernos, sepan todos los aspirantes á di-

putado, que se les ha de pedir estrecha cuenta de lo que prometan y de lo que no cumplan, de las complacencias que tengan con los abusos públicos y notorios, y de las abiertas infracciones de ley á que ayuden ó que consientan, sea en favor de quien se quiera.

Estos son los principios á cuya propaganda necesitamos cooperar con preferencia. De lo que vendrá despues de dar con decision y acierto este primer paso, no nos cuidemos en hora todavía inoportuna: mucho tenemos que andar para llegar á este primer punto. Y por lo demás, si nos asociamos á la buena é inseparable compañía de estos primeros y vitales principios, venga despues lo que venga: en tan buena compañía, si no la soltamos, no podemos desviarnos de la recta senda; es imposible.

Pagando tributo y rindiendo pleito homenaje á documentos que somos los primeros en acatar con el mas profundo y sincero respeto, por su elevado origen, por su altísima autoridad y por la solemnidad con que se han dado á conocer, y buscando una significacion providencial á ciertos acontecimientos contemporáneos que se han hecho superiores á todos los cálculos y á todas las contingencias previstas por la probabilidad en el orden puramente humano, han creído algunos que está mas ó menos próxima una gran transformacion, posible solamente al dedo de Dios. Esta piadosa creencia, sobreponiéndose al criterio histórico, no niega la lógica providencial; antes al contrario apunta la idea de que la transformacion propicia no vendrá por merecimiento nuestro, ni dejará de ir precedida de su expiacion correspondiente. Mas, en esta piadosa creencia se considera que la mayor actividad, que da carácter y genialidad á la propaganda del mal en nuestros dias, servirá tambien para elevar la expiacion á su punto proporcional de gravedad, supliendo con su intensidad desusada lo que en duracion le falte.

Merecedora de gran respeto es la creencia, y no hacemos propósito de someterla á discusion; tal es la deferencia con que la tratamos. Mas la esperanza de que ha de venir por el orden sobrenatural una gran transformacion propicia, no puede relevarnos del imperioso deber de cooperar desde ahora con todas nuestras fuerzas á la propaganda del bien: al contrario, todo cuanto de nuestra parte pongamos para restablecer saludables y salvadores principios dados á lastimoso olvido, ayudará á los fines providenciales, ora calculemos de ellos por el criterio histórico, ora los esperemos mas cercanos en virtud de una piadosa creencia motivada por indicaciones de orden sobrenatural. En uno y otro caso nuestro deber es el mismo; en uno y otro caso la inaccion sería en nosotros igualmente culpable.

Pero tampoco basta el obrar, conviene tambien que no se desperdicien esfuerzos; importa pues que nos convenzamos de la necesidad de un método fijo

y de un procedimiento concreto para llegar al común deseo, la salvación y la grandeza de la patria.

Antes de dictar la ley desde arriba, aprendamos á poner ordenamiento desde abajo. Mas que de fascinar y deslumbrar á las masas, cuidemos de persuadir á los individuos. Subordinemos la política á la moral, y el interés propio al interés de la colectividad. Menos manosear los altos principios, y mas practicar las grandes verdades. Esclamarse algo menos, y ayudar algo mas. Este es el método.

Pobres de espíritu, desesperanzados por sistema, y miedosos por imitación, tendrán algunos por inútil todo esfuerzo que se haga. Levantemos los ánimos decaídos; enseñemos á templar y robustecer en las adversidades la necesaria perseverancia; muéstrese al mundo que, si es inminente la ruina de la patria, no es menos fácil su grandeza, su prosperidad, su pujanza.

No ambicionamos para nuestra patria la llamada gloria de dominar por la fuerza bruta á extraños pueblos; queremos verla independiente, respetada, cuidadosa de sus intereses, y levantada por el crédito y el concepto públicos á la categoría de gran nación.

Y pues todo esto es cuestión de método en el proceder, aunemos el esfuerzo legal de todos los hombres de bien. El desaliento, el quietismo y la desconfianza sean nuestros mayores enemigos. No hemos venido á este mundo para holgar, ni de nuestra inacción han de resultarle prosperidades á la patria. No en vano se escribió en un libro admirable la gran máxima: *Militia vita hominis super terram.*

Luchemos pues dentro de la ley, luchemos como buenos, luchemos con perseverancia, ó resignémonos á que la posteridad diga de nosotros: Traidores á la patria, conocieron el mal, y no lucharon con él á brazo partido; previeron la ruina, y nada hicieron para atajarla.

CRÓNICA.

El 13 de agosto, despues de la lectura del decreto de canonización del venerable Carlos de Seza, el padre santo pronunció el siguiente discurso:

«Veo, al considerar la vida de ese siervo de Dios, que si se le aplican las palabras que nuestro señor Jesucristo decia del Centurion, *non inveni tantam fidem in Israel*, puede decirse de él con entera verdad, *non inveni tantam simplicitatem.*

No puede encontrarse, por mas que se busque, esta inocencia entre aquellos que dirigen los asuntos públicos: obsérvese en ellos por el contrario la malicia y la iniquidad refinadas; que les empujan á la destruccion de todas las obras inspiradas por Dios. Dios permite esto para probar á su Iglesia, lo permite para que se ejerciten los fieles en las virtudes cristianas, y lo permite tambien para que conozcamos mejor á nuestros enemigos, á los suyos y á los de su Iglesia. En conclusion, *no he encontrado tanta inocencia en ninguno de los que por razon de su posición deberian estar dotados de ella mas particularmente: la inocencia manifestada en las palabras que la Iglesia pone en boca del obispo consagrante, lo repito, no la encuentro en ninguno de los que, entregados á negocios y ocupaciones que no pertenecen á*

su carrera, se acostumbran á una vida en la cual desaparece la santa inocencia.

Vosotros haceis bien en decir que os quereis entregar á la lectura de la vida de los santos, porque en ellos encontrareis el manantial de la inocencia de vida y de conducta que nos santifica, al par que da buen ejemplo á los demás. Leed pues especialmente la vida de ese siervo de Dios, con el fin de que el ejemplo de sus virtudes os proporcione los medios de acrecentar las vuestras y las de vuestros prójimos. Quiera Dios repetir de nuevo el milagro que obró en la persona de ese santo, y producir por su mediación la resurrección de tantos cadáveres que están en el camino de la vida.

Por la vida del siervo de Dios sabeis que á su muerte se observó en su cadáver un clavo prodigioso clavado en su corazón, en donde la misma herida produjo un rayo visible del amor de Dios. ¡Oh! quiera Dios herir con el clavo de su amor á tantas almas que privadas de su gracia viven aletargadas por los vicios, y que los cadáveres fétidos vuelvan á la senda de la vida, es decir, á la vida de los santos pensamientos, de las santas obras acreedoras á la vida eterna.

Puesto que me habeis pedido la bendición, que Dios os la conceda lo mismo que yo os la doy en su nombre. Que esta bendición penetre en todos los conventos de Roma y de fuera de Roma; que Dios inspire por ella á todos los religiosos el conocimiento de la grandeza divina, al propio tiempo que el de la miseria humana, á fin de que esta consideración aumente en nosotros el desprecio propio mediante el amor de Dios, para que podamos propagar su gloria y aumentar nuestras virtudes, de manera que nos hagamos merecedores de los frutos de esta misma bendición, á fin de que nos abra las puertas del cielo, en donde podremos bendecir y alabar á Dios por toda la eternidad.»

Al principio de la guerra franco-prusiana se organizó en Boston un comité para reunir fondos, que como donativo debian remesarse á Francia. La suscripción alcanzó la enorme suma de 800,000 francos, que fueron aplicados al objeto referido; el comité, al arreglar sus cuentas para disolverse una vez terminado su encargo, encontró un sobrante de 2,000 francos, que giró á Francia para que fueran entregados como premio particular á la persona que durante el sitio de Paris hubiera llevado á cabo mayores actos de abnegación.

La academia francesa, encargada de apreciar las circunstancias de los que pudieran alegar méritos para recibir esta distinción, acordó por unanimidad fuera entregada dicha suma al superior de los Hermanos de la doctrina cristiana, en gratitud á los inmensos servicios prestados por estos religiosos durante el sitio de Paris.

En todas las batallas que se dieron en las inmediaciones y en el mismo Paris, se veia á estos humildes y heroicos soldados de la fé recogiendo heridos bajo el fuego del cañon enemigo, para conducirlos á los hospitales, en donde tambien habia siempre cierto número de ellos para la debida asistencia. Muchos cayeron tambien muertos y heridos cumpliendo su caritativa misión; muchos sucumbieron tambien en los hospitales abrumados por el trabajo, y otros conservarán en sus dolencias el recuerdo de su caridad y la satisfacción que proporciona siempre la conciencia del cumplimiento del deber.

Aplaudimos sinceramente á la academia francesa por la justicia y rectitud de que ha dado pruebas al rendir este pequeño homenaje á la acrisolada caridad de los Hermanos de la doctrina cristiana.

Asegura un periódico alemán que el expediente formado al valeroso obispo de Ermeland, y del que tienen amplias noticias nuestros lectores, ha sido archivado. De esta manera el omnipotente canceller prusiano ha sido vencido por la incontestable firmeza de un obispo católico.